

¿Qué país es éste? Preguntas a DEBATE FEMINISTA

Lucía Melgar

“¿Qué país es éste?”, pregunta el maestro enviado a Luvina ante un paisaje pedregoso, donde el viento araña y donde el silencio es tan denso que suena y asusta. Sabemos que en Luvina no hay respuestas, aunque en *El llano en llamas*, su autor, Rulfo, nos sugiere algunas pistas para entender la esterilidad del lugar y, más allá de ese pueblo moribundo, lo que ha sido México en el último siglo.

Ante un escenario mucho menos solitario pero tan desolador como los paisajes de Luvina y de *El llano en llamas*, cabe rescatar el extrañamiento y el estremecimiento que conlleva esa pregunta: “¿Qué país es éste?”. A partir de ella, de la sensación de extrañeza y angustia, de distancia interna ante una realidad incomprensible que transmiten las palabras del maestro, quisiera plantear algunas preguntas más, a modo de reflexión sobre nuestra realidad a principios del nuevo siglo. Son preguntas a *debate feminista* en sus quince años y para posibles debates futuros.

¿Qué país es éste donde a unos kilómetros de edificios inteligentes, helipuertos privados, boutiques glamorosas, casas vigiladas, museos espectaculares, estaciones de policía de élite, una turba enfurecida semejante a las masas de acoso que describe Canetti, mata vilmente a dos hombres? ¿Qué nos dice del país la respuesta o falta de respuesta de autoridades que, al mismo tiempo, no dudan en criminalizar la pobreza? Y con esto no me refiero a la negligencia, sino a la incapacidad de dar voz a la gravedad del caso, a reconocer que esa herida es de toda la ciudad. ¿Cómo puede alguien pretender justificar esta violencia brutal aludiendo a “usos y costumbres”? Si este pretendido derecho consuetudinario se acepta porque se trata de hechos comunes o porque los actos del pueblo son incuestionables, ¿llegará el día en que la violación se acepte como parte de “usos y costumbres” de una sociedad permeada de machismo?

¿Qué país es éste?, pregunto ante un Paso del Norte más fantasmal que aquel evocado también por Rulfo, quien narra el viaje de un joven que se va al Norte para mejorar su suerte y sólo logra perderlo todo. ¿Cómo hemos llegado a tolerar el asesinato brutal y sistemático de cientos de mujeres en ese Paso del Norte, ahora con nombre de prócer, a lo largo de once años? Gobiernos van y vienen, cambian partidos, gobernadores y alcaldes y las muertes siguen. Quien tenga quince o veinte años puede estar ya acostumbrada a enterarse de que “ya encontraron a otra muerta”, una más en la larga lista que ni siquiera es exacta porque a quienes pueden llevar la cuenta no les interesa precisar nada. ¿Hemos perdido la capacidad de asombro ante lo terrible o simplemente se han socializado tanto la violencia y la impunidad que ya forman parte del paisaje de “allá”, de esa frontera que desde aquí nos resulta tan lejana? Como si la expansión del narcotráfico, el tráfico de personas, el cinismo de los polleros que despojan a los más pobres de todo —menos de la esperanza porque ésa es a veces demasiado terca—, sólo sucediera en una película, ¿en *Traffic* o en *El Norte*? ; o como si los asesinatos, torturas, mutilaciones de mujeres y niñas del Norte sucedieran en otra dimensión, y no tuvieran nada que ver con nosotras.

Algunos preguntan cuántas más habrán de morir asesinadas para que las autoridades dejen la política de simulación con la que han pretendido hacernos creer que les importa esclarecer estas muertes, al mismo tiempo que las minimizan. Allá nadie ha pretendido recurrir a explicaciones costumbristas o esencialistas, pero sí nos han dicho que las víctimas no son inocentes o, más bien, que no hay que descartar su responsabilidad en su propia muerte porque, como dijera un alto funcionario, “quien sale a la calle cuando llueve, se moja” o porque eso de andar sola en la calle a altas horas de la noche no es de “buena señorita”, como si las trabajadoras de la maquila pudieran escoger tranquilamente su horario de trabajo o como si todos los secuestros y asesinatos sucedieran de noche. Lo que parece haber olvidado más de un gobernante es que tener derechos incluye el derecho de salir a la calle, que las mujeres tenemos derecho a decir que las calles son de todos y todas, aun cuando las ciudades no se hayan pensado del todo para las mujeres. Parecen olvidar, también, que no vivimos bajo estado de sitio ni en medio de una guerra y que al estado le corresponde preservar el estado de derecho, garantizar los derechos humanos y hacer justicia, es decir, esclarecer esos crímenes. Aquí cabría preguntar por qué la PGR atrajo de inmediato el caso de Tláhuac y no el de Ciudad Juárez, por qué se repudia la impunidad en Tláhuac y en Juárez no.

Como escribiera hace unos años Carlos Monsiváis en su reseña de *Huesos en el desierto*: “Concentrar la energía judicial, política, social, ética de la nación y sus instituciones en el esclarecimiento de este fenómeno es asunto de justicia y de reconstrucción social” (*debate feminista*, núm. 27: 333). Sin esclarecimiento no hay justicia, ni cumplen sus funciones las múltiples instancias en que, en vez de concentrar, se han desperdigado las energías y los recursos necesarios para llegar a una verdad histórica y a una justicia real en este caso.

¿Qué país es éste?, preguntan los niños de Tapachula donde se cierran las escuelas por temor a un ataque de las temidas “maras”; nos preguntamos nosotras las defechas alejadas del Sur cuando leemos que allá, en la otra punta de la otrora cornucopia de la abundancia, también se mata, explota y trafica con mujeres y se dan crímenes tan brutales como los del Norte, contra hombres y mujeres, muchos que son como nuestros “mojados”, aunque tal vez más indios y más pobres y en todo caso más desdichados, porque están todavía más lejos de la anhelada línea cuyo cruce abre las puertas del reino prometido. ¿Pretenderán las autoridades convencernos algún día de que eso que sucede allá se debe a una invasión imprevista de extranjeros indeseables que nadie podía detener a tiempo? ¿Acaso era imposible imaginar que sociedades destruidas por guerras feroces, por genocidios y represiones bestiales crearían jóvenes sin futuro, anómicos y destructivos? ¿O acaso por algún imponderable nuestra incapacidad para defender esa frontera y garantizar los derechos humanos de los migrantes y habitantes de esa zona tiene que ser proporcional a la dureza de los gringos para dificultar (que no impedir) el tránsito de personas hacia su territorio?

¿Qué país es éste?, preguntemos de nuevo ante los elogios a nuestros heroicos migrantes cuyas divisas contrarrestan la pobreza de pueblos enteros, de las nuevas Luvinas donde sólo viven mujeres y viejos que quizá, como en la de Rulfo, no se van de ahí por no dejar atrás a sus muertos. ¿A qué lógica responde el discurso que aplaude a nuestros “hermanos paisanos” porque son nuestro mejor producto de exportación, a la vez que justifica las violaciones a los derechos humanos que les imponen de entrada sus nuevos patrones? Allá, en el Norte, del otro lado, no sólo se les pasa la mano con sus balas de goma. Se están dando hoy, esta misma semana, *razzias* de migrantes, sin previo aviso, sin orden de aprehensión, en sus propias casas, incursiones que separan a padres de hijos, que dejan solas en la noche a mujeres y niñas sin decirles a dónde se llevan a sus hombres,

si los van a deportar de inmediato, si podrán volver a verlos, si ellas serán las siguientes. Y mientras, nuestros comprensivos funcionarios mendigan una “enchilada” o un taco degradado, y dan muestras de una comprensión abnegada ante las necesidades de mano de obra, de seguridad nacional, de un país que, si no invade, arrebatata.

Muchos y muchas de esos héroes y heroínas de la globalización no conocen ni conocieron nunca al gobierno ni “a la madre del gobierno”, como dirían los caminantes de “El llano en llamas”. Baste aquí un ejemplo: en su pueblo, María vio morir a su hermano a manos de un vecino, por pleitos de tierras; a su vecino a manos de otro, por celos; a otro más, por venganza de una muerte anterior. A los asesinos nadie los agarraba, se iban solos y volvían al cabo de unos años. Cuando amenazaron a otro de sus hermanos, la familia de María la emprendió para el Norte. Poco a poco, todos fueron a parar a Chicago. Ahí María limpió casas, cocinó, lavó coches, sin guantes, en pleno invierno, porque eso le pedía la patrona y a ella “no le quedaba de otra”; pagó dos veces a un abogado para que le arreglara los papeles y al cabo de los años supo que su hijo no podría cursar la universidad porque, aunque llevara más de la mitad de su vida allí, seguía siendo ilegal. ¿Volver a México? “Si ya no es de allá, ¿cómo va a hallarse?”, me dijo. Como ésta, hay muchas historias más, pero de éstas mejor no hablemos porque nos dirán que la globalización es imparable y más vale aceptarla y “negociar lo que se pueda”. “La frontera” —escribió Fuentes hace unos años— “es una herida”. Nuestras fronteras hoy son una rajada purulenta, zonas infectadas de una violencia que va corroyendo la sociabilidad, la cultura, los derechos de quienes ahí viven. Dejadas de la mano del centro y de sus gobernantes, como si sólo fueran “otra parte” o “ninguna parte”.

¿Y qué decir de lo que, por tradición, no es “cualquier parte”? Del centro, del ombligo de la nación? ¿O de ese territorio que en las clases de civismo de nuestra infancia definía nuestra nacionalidad? ¿Qué país es éste donde tras décadas de luchas feministas, la violencia doméstica afecta al 47% de las mujeres, donde todavía a los hombres les molesta o enfurece que sus esposas puedan ganar más que ellos, donde hace apenas cuatro años, en un estado de cuyo nombre más vale no olvidarse, se pretendía penar el aborto por violación? ¿Qué respuesta podemos dar a las mujeres que ganan menos que los hombres por el mismo trabajo o que no pueden inscribir a sus maridos en su seguro de salud a menos que prueben que los mantienen? Y esto no en cualquier “changarro”, de esos tan sonados, sino

en el Banco de México donde, en cambio, aunque la esposa trabaje y hasta gane más que él, cualquier señor puede asegurarla sin problemas.

¿Qué imagen de país, por último, nos dan los medios? ¿Por qué tenemos que ver linchamientos en horario estelar? ¿Para que comprobemos que el México bronco no es un invento de políticos ocurrentes? ¿Para que veamos que no hace falta una invasión estadounidense para contemplar la bestialidad como espectáculo? ¿Y qué decir de la publicidad y de las telenovelas que reproducen los estereotipos que las mujeres de carne y hueso negamos a diario? ¿O de las revistas que, con pésimos dibujos y peor sintaxis, difunden entre jóvenes y adultos “historietas sexuales” donde la mujer es objeto de uso y el condón brilla por su ausencia? ¿O de los periódicos sesgados, amarillistas o irresponsables? ¿O qué decir, en fin, del autobombo de las distintas instancias del gobierno que, en vez de invertir nuestros escasos recursos en proyectos que resuelvan alguno de nuestros problemas más graves, los gastan en anuncios que nos repiten lo bien que están trabajando? ¿Para quién?

Quedarían muchas preguntas más... La extrañeza y angustia ante la fragmentación, la violencia, la discriminación, el machismo, la pobreza, la desigualdad, la corrupción, se intensifican con cada nuevo azote de realidad, con cada pregunta, y al mismo tiempo se desgastan. Un exceso de extrañeza amenaza con expulsarnos a la esquizofrenia o al autismo. Por eso tal vez muchos evitan hacerse o hacer demasiadas preguntas.

Cuando nos cuestionamos y cuestionamos la realidad en serio, sin embargo, es preciso buscar respuestas más allá de lo inmediato, de las opiniones instantáneas, de las justificaciones al vapor o de los discursos interesados. Si miramos hacia atrás y buscamos un hilo en alguna parte, podemos encontrar, entre otros, un conjunto de textos que, a lo largo de quince años, nos ha dado algunas pautas.

En este aniversario de DEBATE FEMINISTA, cabe reconocer y agradecer las reflexiones que sus colaboradoras y colaboradores han hecho sobre nuestra realidad, o más bien, sobre las múltiples realidades que conforman los fragmentos del país que conocemos y en que vivimos. Los artículos sobre ciudadanía y política, sobre los derechos de las mujeres al trabajo, a la libre decisión sobre sus cuerpos y su potencial maternidad, sobre discriminación y racismo, sobre las identidades y la otredad, sobre la violencia en Juárez, en Chiapas y en Estados Unidos, y tantos más. Textos que nos invitan a la reflexión y que en su conjunto van trazando una historia o un conjunto de historias, no la del país entero, tarea imposible, sí la de un grupo de mujeres

y hombres capaces de preguntarse y preguntar y de buscar respuestas, así sean modificables o cambiantes, por la necesidad misma de seguir pensando.

La revisión de quince años de DEBATE no da respuestas redondas a todas las preguntas. Algunos temas destacan más que otros. No se trata, desde luego, de una enciclopedia de debates, sino de un camino o cruce de caminos intelectuales y creativos. Para seguir cultivando esa libertad y diversidad de intereses, quisiera sugerir, a partir de éstas y otras preguntas, otros debates, o la continuación de algunos que ya se dieron, en éste y otros foros. Replantearnos desde la ética el estado de la política, como acción colectiva y como discurso sobre la realidad, ahondar en las causas de las violencias que padecemos de cerca o de lejos y buscar formas de detenerlas; preguntarnos junto con Sontag, por ejemplo, cómo podemos analizar las imágenes de la violencia sin convertirnos en meras *voyeuses* (*Regarding the Pain of Others*); ampliar, desde nuestra perspectiva, las reflexiones que, a la luz del 11 de septiembre neoyorkino y de la invasión de Irak, hace Butler acerca del poder del duelo y de la vulnerabilidad del cuerpo como límite a la violencia, y replantear éticamente las relaciones con los “otros” y “otras” (*Prekarious Life*); seguir pensando con Marta Lamas en el sentido de la palabra “género” y cuestionar la petrificación de un vocabulario innovador en aparatos burocráticos que, como señalara Tarrés, optan por el pragmatismo y tienden a transformar las demandas de las mujeres o de las minorías en programas “con perspectiva de...” que poco nos benefician.

Y también, para no olvidar que a pesar de todo, desde el cuerpo, desde la mirada, desde la literatura, y desde el humor, se puede repensar la vida, seguir afirmando y confirmando el poder del pensamiento y de la imaginación para preservar la creatividad, la fantasía y el deseo que nos permiten vivir en este país, e imaginar un país, un mundo, más habitable. ●

Bibliografía

- Butler, Judith, 2004, *Precarious Life. The Powers of Mourning and Violence*, Verso, Londres.
- Lamas, Marta, 2002, *Cuerpo, diferencia sexual y género*, Taurus, México.
- Monsiváis, Carlos, 2003, "Escuchar con los ojos a las muertas" (reseña de *Huesos en el desierto*), en *debate feminista*, núm. 27 (abril), pp. 327-333.
- Sontag, Susan, 2003, *Regarding the Pain of Others*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York.
- Tarrés, María Luisa, 2002, "Para un debate sobre la política y el género en América Latina", en *debate feminista*, núm. 26 (octubre), pp. 119-137.
- Rulfo, Juan, 1994, "Luvina", en *El llano en llamas*, FCE, México, pp. 112-124.